

cepción. Es de los admirables y los temibles. Parece un artista del Renacimiento. Sufriría el parangón con los quinientistas italianos, por la variedad de los conocimientos, como Leonardo; por el impulsivismo del valor, como Benvenuto. En la tribuna parlamentaria y en la arenga política dió a conocer su elocuencia tormentosa y centelleante; cuando alzaba en la tribuna la trémula diestra, semejaba que sacudiese un haz de rayos como el dios olímpico. Todo en él era nervioso y apasionado: el cuerpo frágil y apuesto, la cabeza alta de rostro moreno, ojos oscuros y enérgicos, lacia y fuerte la melena, tersa y audaz la frente. Así lo vi en mi mocedad, en una época de gestas triunfantes. Entonces, cantaba con un ardor delirante, no imitado, abrevado en el igneo torrente del profeta de *Los Castigos*; entonces, volaban a los cuatros vientos los cuartetos *A Gloria*, la *Oda a Victor Hugo*, la silva *Sursum*, las décimas *A unos ojos*. Ese Díaz Mirón rotundo, brioso, audaz, de metáforas imprevistas y deslumbrantes, de pasión desbordada y de dicción expresiva y musical, es conocido de todos y parafraseado de muchos. De él tomó los primeros bríos el que es ahora un insigne representativo: José Santos Chocano. De él, acaba de confesar en mi país Villaespesa que recibió las primeras influencias. Mas antes de ser tan afirma-

tivo y voluntarioso, Díaz Mirón fué un adorable garzón romántico de ternura muy viril, pero muy penetrante. Sus amores de provincia le hicieron escribir versos como éste:

A ti, la de radiante y angélica hermosura,
la rubia de ojos negros que lleva el traje azul,
la del lunar lascivo junto a la boca pura,
mujer hecha de aroma, de música y de luz.

Y éstos en recuerdo de una cita frustrada:

Toda la tarde lloviendo estuvo;
toda la tarde para mi mal,
por las regiones del aire, anduvo
barriendo nieblas el vendaval.

O éstos, principio de una deliciosa composición, en recuerdo de un encuentro logrado:

Una flor por el suelo;
un cielo de hojas empapado en lloro,
y arriba de ese cielo el otro cielo
lleno de luz y de cambiantes de oro.

O estos otros, que arranco de un canto de ausencia:

Me hallo solo y estoy triste;
tu viaje, que no maldigo
porque tú lo decidiste,
me hundió en la sombra; partiste
y la luz se fué contigo.

Somos en este momento
en que el amor nos consume
dos flores de sentimiento
separadas por el viento
y unidas por el perfume.

De estos cantos de pubertad, de estas ternezas áureas, a la firmeza y luz de cristal de roca, al hierro sonoro, que forjó atezado vulcano, de la juventud batalladora, hay evidentemente una ascensión. El poeta encontraba su modo, su personalidad, pero no estaba contento.

Cada vez se exigía más a sí mismo; perseguía una pureza y una nitidez de expresión más absolutas. Y concebía una *técnica* en la cual no cada sílaba, sino cada letra, tuviera una colocación armónica para que, combinadas en la unidad acentual de cada verso, realizasen un ideal rítmico, una música sin opacidades ni disonancias,

sin hiatos ni cacofonías. Y como este ideal prosódico, es el verbal que impide aconsonantar dos adjetivos, y el sintáctico que huye cuanto puede de los artículos para acercarse a la frase latina, y dar pulimento lapidario y concesión epigramática al idioma.

De este afán de perfección, que no permite una delgada veta, ni aún imperceptible siquiera, en el pulido mármol de la expresión, nació el libro de veso que lleva por título *Lascas*. El título lo dice todo: se trata de una obra de escultor, penosa, ardorosa, altísima. Díaz Mirón, informado en todas las literaturas, recitador brillante de los poetas ingleses, franceses, italianos, desde Byron hasta D'Annunzio, pretende y logra purificar la lengua castellana y darla flexibilidades, sonoridades y delicadezas no poseídas hasta ahora. Tembloroso todavía por la mordedura del estro, ha perdido, tal vez, en espontaneidad lo que alcanzó en plasticidad e instrumentación. Tiene, a través de los siglos, afinidades con don Luis de Góngora. Es como un Góngora modernizado. Ahora se acerca el tipo *parnasiano*; ahora la belleza de su musa es más augusta; ahora está alejado de la multitud; ahora, en fin, lo sentimos menos, pero él, en cambio, se siente más cerca de su sueño de perfección. Complicado es su procedimiento, y en ocasiones, hasta amanerado.

La emoción no se nos presenta desnuda, sino envuelta en túnica estatuaria. Así, por ejemplo, cuando el poeta narra su salida de una prisión para ver el cadáver de su padre, que era también un poeta, escuchamos acentos de angustia, por bajo el velo immaculado de los versos:

Llego entre dos esbirros que no dudan
de que a un monstruo feroz guardan y aquietan.
Gritos desgarradores me saludan
y brazos epilépticos me aprietan.

Suspenseo en el umbral callo y vacilo.
Alto y grueso blandón muestra y agrava
con lampo incierto el espantable asilo.
La llama treme al soplo, sesga y flava...

¡Pugna por arrancarse del pabulo
y huir de penas que ilumina esclava!

Sobre mezquino y enlutado lecho,
y en negro traje que semeja extraño,
y las manos unidas en el pecho,
y al vientre hielo y en la faz un paño,
el cuerpo yace inmóvil y derecho.

Y ante la forma en que mi padre ha sido,
lloro, por más que la razón me advierta
que un cadáver no es trono demolido,
ni rotó altar, sino prisión desierta,

Ni podemos menos de conovernos cuando,
en la sombra de su calabozo, el poeta prisionero
ve la celestial aparición:

EL FANTASMA

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos—que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos—que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello;
y como crin de sol barba y cabello;
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca...
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y brillantó a mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar: y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra;—
y un relámpago enciende mi alma negra.

Díaz Mirón no solamente ha modificado su técnica, sino su estética. Y en *Lascas* y otras poesías posteriores anuncia una trasmutación de su idealismo impetuoso por un naturalismo impersonal y atrevido. Productos de este cambio son, con otros, los poemas: *Idilio*, *Claudia*, *Dea*.

En una composición: *Ecce Homo* habla del esfuerzo artístico de su lira; dice:

Sé que la humana fibra
a la emoción se libra;
pero que menos vibra
al goce que al dolor.

Y en arte no me ofusco
y para el himno busco
la estética del brusco
estímulo mayor.

Mas no en aleve audacia
demando a la falacia
la intensa y cruda gracia
como un juglar sutil.

A la verdad ajusto
el calculado gusto
bajo el pincel adusto
y el trágico buril.

Fatiga y pena ignotas
soltaron acres gotas
que son espumas rotas
al pie del bogador.

¡Sondad en mi *lirismo*
como en el ponto mismo,
un vasto y fiero abismo
de llanto y de sudor!

* * *

Los versos de Díaz Mirón están en verdad entonados en diapasón agudo. Se cantan. Piden el acompañamiento de la lira septicorde. ¡Cuán distintos a los de Amado Nervo, caprichosos, ondulantes, íntimos, que nos acarician el oído como un violín que llorase a la sordina una melodía de Schubert, y que nos salen de la boca como si las palabras fuesen flores y con sus pétalos nos rozasen los labios!

Este poeta, otro gran poeta nuestro, si es de inconfundible filiación francesa. Criado y educado a la sombra de las iglesias, estudiante seminarista, lector obligado de textos latinos, oyente constante de antifonas y secuencias, desplegó las alas de sus púberos ensueños en un aire cargado de beatitud e incienso. Había pisado ya las gra-

das del altar, subía a diaconizarse, cuando la mano de su suerte lo detuvo, lo hizo descender, salir de su templo y de su colegio, lo empujó hacia la vida, hacia el mundo, hacia la libertad, y le dijo: en marcha.

El muchacho, atolondrado y tímido, dió los primeros pasos; mas con la fe, con una fe en Dios que no le ha abandonado, se le robusteció desde temprano el carácter, halló pronto el camino y se dispuso a recorrerlo resignada y firmemente. Las vicisitudes del chicuelo, que salió a ganarse el pan, no fueron pocas; pero él sorteaba escollos, vencía obstáculos, dominaba situaciones, y creciendo, creciendo, de tumbo en tumbo, desde su provincia de Tepic, se partió hasta las riberas del mar Pacífico, hasta Mazatlán; allí escribió en periódicos, publicó versos, adquirió exigua reputación, y con todo ello, entróse un día en la Metrópoli, como el famoso Patourot, en busca de una posición social, o mejor, como el Poquita Cosa de Daudet, para reconstituir la familia. Poco a poco se impuso, visitó las redacciones de los periódicos, fué presentado a las personas de viso, a los literatos de moda. Y pronto, en camaradería con los poetas, empezó, no diré su gloria, pero su reputación sí.

Era sumamente simpático, con su aire de seminarista, su largo levitón, su cuerpo ilaco, un

tanto encorvado; su cabeza de abundante y lisa cabellera, su rostro afilado y pálido, en el que principiaba a crecer una barba prematura, que, ayudada de los ojos profundísimos y muy abiertos y fijos de continuo en algo invisible, le daba una fisonomía de anacoreta en cierne. Y luego, sus silencios de recogimiento, sus actitudes distraídas, y de pronto, como contraste, el manantían inagotable de su verbo, el aluvión de su discurso, que en determinados momentos confinaba con la elocuencia; la cálida recitación de sus versos, hecha con un especial dejo provinciano; su mutismo de secreto, al que seguía su charla de confidencia; su espíritu aniñado, encogido a ratos, a ratos expansivo, le dieron una personalidad interesantísima en los círculos artísticos, en este taller de pintor, en aquella mesa de redacción, en esotro tablado de teatro. Porque Amado Nervo, en aquellos tiempos (1894-98) era infatigable para trabajar y para vivir, lo hacía todo (versos, artículos, traducciones, crónicas, novelas), y estaba en todas partes: en una reunión de amigos, en el estreno de una pieza dramática, en una comida de artistas, en una velada literaria. Y aún le quedaba tiempo para estudiar, para aprender, en libros franceses sobre todo, esa ductilidad, esa suavidad, esa naturalidad tan llana, tan simple, tan prodigiosa de su estilo. Una no-

vela, *El Bachiller*, lo hizo célebre, no tanto por la hermosura de la forma cuanto por lo escabroso del asunto. Un libro de poesías, *Místicas*, lo definió y lo consagró.

En ambos libros se notaba su nostalgia del ambiente eclesiástico, su añoranza de existencia religiosa; sueña en misales, en casullas, en paños litúrgicos, en imágenes sagradas, en confesionarios, en oraciones y cilicios. Increpa a Kempis que lo entristeció; comenta versículos bíblicos. Ilumina su memoria con los reflejos de oro de los altares.

Pero lentamente, la vida, que lo sube, lo transforma, sin quitarle su misticismo, su disposición al vuelo extático, su deslumbramiento de claridad divina, el incesante viaje de su alma al *más allá*. Como vino a la capital de México y la conquistó, así, con mucha fe y mucha ansia de ver y de sentir, llegó a París y fué a Italia, y recorrió Europa, recibiendo siempre sensaciones y reteniéndolas en notas y en poemas cada vez más refinados, más sutiles, más atrevidamente modernos, saltando por encima de las reglas prosódicas y poéticas, en una envidiable libertad espontáneamente bella, que se emparejaba, en soltura, con la de Rubén Darío, su íntimo amigo de ensueño y aventura.

En esos años de bohemia, de agitación y lu-

chas, Amado Nervo completó su vocación artística y se hizo *él*. Afinidades tiene, casi todas francesas; parentescos, no. Su obra de entonces precisa ya una individualidad: *Poemas*, el *Exodo* y *Las flores del camino*; entre esa obra va la hermana *Agua*, que lo presentó como artista supremo.

De aquel Nervo barbudo y andariego que conocí hace veintitantos años, a este que acabo de dejar en Madrid, de cara afeitada, escaso cabello, mirada melancólica y blanca y dulce sonrisa; de aquel poeta que parecía impaciente a este diplomático que parece cansado, hay la distancia que va de la ilusión al desencanto, de la alegría al dolor, de la adolescencia que se despidió de nosotros a la vejez que nos anuncia su llegada.

Pero, en su corazón, en su ánimo, Amado Nervo apenas ha sufrido metamorfosis. Un soñar perpetuo en lo superhumano; una inquietud ante lo misterioso; un filosofar sobre lo divino; una aspiración muy grande por la belleza, un sueño muy alto por la eternidad, una explicación consoladora del sufrimiento que purifica y del amor que eleva; una esperanza que aletea, un presentimiento que ilumina. El misticismo de Nervo se ha pulverizado en vaguedad sideral, en contemplación teosófica. Su musa canta «en

voz baja» sus últimos libros líricos: se llaman: *Serenidad*, *Elevación*. La forma que ahora tiene apariencias de descuidada, es viva y artística como nunca. La simplicidad de la idea y de la emoción que quiere ser pueril, es profunda incesantemente. El otoño del poeta está lleno de rosas. El lo adivinó cuando dijo:

¡ESTA BIEN!

Porque contemplo aún albas radiosas
en qué tiembla el lucero de Belén,
y hay rosas, muchas rosas, muchas rosas,
gracias, ¡está bien!

Porque en las tardes, con sutil desmayo,
piadosamente besa el sol mi sien
y aún la tranfigura con su rayo,
gracias, ¡está bien!

Porque en las noches, una voz me nombra,
(¡voz de quien yo me sé!) y hay un edén
escondido en los pliegues de mi sombra,
gracias, ¡está bien!

Porque hasta el mal, en mí dón es del cielo,
pues que al minarme va, con rudo celo,
desmoronando mi pasión también;
porque se acerca ya mi primer vuelo,
gracias, ¡está bien!

Pero al lado de este Nervo de *Elevación*, hay otro galante, cortesano y ligeramente irónico. Ustedes, tengo la seguridad de que conocen muy bien a uno y a otro y sólo como un homenaje al cantor me permitiré recordar esta rara galantería:

LOS CUATRO CORONELES DE LA REINA

La reina tenía
cuatro coroneles:
un coronel blanco,
y un coronel rojo,
y un coronel negro,
y un coronel verde.

El coronel blanco, nunca fué a la guerra;
montaba la guardia cuando los banquetes,
cuando los bautizos y cuando las bodas;
usaba uniforme de blancos satenes;
cruzaban su pecho brandeburgos de oro,
y bajo su frente,
que la gran peluca nivea ennoblecía,
sus límpidos ojos de un azul celeste
brillaban, mostrando los nobles candores
de un adolescente.

El coronel rojo siempre fué a la guerra
con sus mil jinetes

o, llevando antorchas en las cacerías,
 con ellas pasaba cual visión de fiebre.
 Un yelmo de oro con rojo penacho
 cubría sus sienes;
 una capa flotante de púrpura
 al cuello ceñía con vivos joyeles
 y su estoque ostentaba en el puño
 enorme carbúnculo ardiente.

El coronel negro para las tristezas,
 los duelos y las
 capillas ardientes;
 para erguirse cerca de los catafalcos
 y a las hondas criptas descender solemne,
 presidiendo mudas filas de alabardas,
 tras los ataúdes de infantes y reyes.

Mas cuando la reina dejaba el alcázar
 a furto de todos, recelosa y leve;
 cuando por las tardes, en su libro de horas
 miniado por dedos de monje paciente,
 murmuraba rezos tras de los vitrales;
 cuando en el reposo de los escabeles
 bordaba rubies sobre los damascos,
 mientras la tediosa cauda de los meses
 pasaba arrastrando sus mayos floridos,
 sus julios quemantes, sus grises diciembres;
 cuando en el sueño sumergía su alma,
 silencioso, esquivo, la guardaba siempre
 con la mano puesta sobre el fino estoque,
 el coronel verde...

El coronel verde llevaba en su pecho
 vivo coselete
 color de cantárida; fijaba en su reina
 ojos de batracio, destilando fiebre;
 trémula esmeralda lucía en su dedo,
 menos que sus crueles
 miradas de ópalo, henchidas de arcanos
 y sabiduría, como de serpiente...

Y desde que el orto sus destellos lanza
 hasta que en ocaso toda luz se pierde,
 quizás como un símbolo, como una esperanza,
 ¡iba tras la reina su coronel verde!

En el grupo de los característicamente france-
 ses como Nervo, hay poetas extraordinarios en
 la literatura de México: José Juan Tablada, ex-
 quisito, exótico, muy culto, el primero que dió
 en mi país la nota baudeleriana; Balbino Dáva-
 los, elegante y refinadísimo, muy versado en li-
 teraturas clásicas y modernas y admirable tra-
 ductor; Francisco Olaguibel, muy inspirado y
 muy nuevo, y por cuya colección *Oro y Negro*
 obtuvo un gran elogio de vuestro Leopoldo Lu-
 gones; Manuel Larragaña Portugal, de inspiración
 lozana y fácil; Rubén M. Campos, citado aquí
 en distintas ocasiones, pero no analizado en su

temperamento artístico, uno de los más naturalmente finos de México.

* * *

Rápida ha sido esta excursión literaria, dividida en cinco jornadas, y, por rápida, incompleta. Pero faltaría yo a mi deber de expositor del movimiento cultural de las letras mexicanas, si no mencionase yo dos personalidades verdaderamente gloriosas y brillantes: Francisco A. de Icaza; Enrique González Martínez.

Icaza tiene veinte años de vivir fuera de su país. De tarde en tarde lo visita, y pronto se vuelve a Europa a continuar sus labores diplomáticas y sus minuciosas y concienzudas investigaciones de crítica. Mas Icaza salió de su tierra hecho todo un poeta, aunque con menos atildamiento y exquisitez, con menos perfección plástica que los que hoy caracterizan su versificación. El equilibrio estético, la expresión elegante y sobria, que son distintivo de los verdaderos artistas, dan una impresión de nobleza espiritual, de aristocracia del sentimiento, a la obra poética de Icaza. Pero en el fondo de este orfebre sutil y cuidadoso, de este filigranista de la rima, está vibrando, contenida dentro de la *cobertura* de que habla Santillana, una alma criolla, una alma de

América, con su dulce languidez ancestral y su vieja melancolía de raza, suavemente matizadas de escepticismo. La maestría de la forma no es sino un velo, bajo el cual tiembla la virginidad del sentimiento. Es Icaza un poeta intensamente emotivo, que ha logrado dominar la rebeldía de la palabra, sin perder en esa tarea paciente el tesoro de su sensibilidad. La emoción tiembla a flor de verso. La estrofa es como una fuente, bajo cuyos cristales lípidos cabrillea el astro de la tristeza. El dolor, en la lírica de Icaza, no es el desmelenado y romántico que enseña sus heridas en el impudor de una confianza sincera; es el tímido sufrimiento que cierra los ojos, ruborizado, cuando los siente llenos de lágrimas. Habla poco, por lo común, pero cuanto dice, aunque sea cosa de felicidad y alegría, está lleno de ternura delicada. ¿No conocen ustedes estas estancias?

Este es el muro, y en la ventana
que tiene un marco de enredadera,
dejé mis versos una mañana,
una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía
con frase ingenua cuitas de amores;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MÉXICO

dejé mis versos que al otro día
su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,
en el recodo de aquel sendero,
ella me dijo con voz muy queda:
«Tú no comprendes lo que te quiero».

Junto a las tapias de aquel molino,
bajo la sombra de aquellas vides,
cuando el carruaje tomó el camino,
gritó llorando: «¡Que no me olvides!»

Todo es lo mismo: ventana y yedra,
sitios umbrosos, fresco emparrado,
gala de un muro de tosca piedra;
y aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;
entre las ramas hay otras flores;
hay nuevas hojas y nuevos nidos,
y en nuestras almas, nuevos amores.

Icaza es pintor deliciosamente intencionado.
Maneja con vigor el claro-oscuro, y da a sus
cuadros un misterioso ambiente.

Recorro, al azar, una de las colecciones de sus

versos, y me encuentro con esta preciosa es-
tampa:

EN LA NOCHE

—Los árboles negros,
la vereda blanca,
un pedazo de luna rojiza
con rastros de sangre manchando las aguas.—

Los dos, cabizbajos,
prosiguen la marcha
con el mismo paso, en la misma línea,
y siempre en silencio y siempre a distancia.

Pero en la revuelta
de la encrucijada,
frente a la taberna, algunos borrachos
dan voces y cantan.

Ella se le acerca,
sin hablar palabra
se aferra a su brazo,
y en medio del grupo, que los mira, pasan.

Después, como antes,
cae el brazo flojo y la mano lacia,

y aquellas dos sombras, un instante juntas,
de nuevo se apartan.

Y así entre la noche
prosiguen su marcha
con el mismo ritmo, en la misma línea,
y siempre en silencio y siempre a distancia.

Y este mexicano ilustre no sólo ejercita sus facultades en el lirismo, sino que muchas veces las ha empleado en las duras y severas atenciones de la crítica literaria. Poseedor de un fuerte caudal de cultura, ha podido entrar por los oscuros laberintos de la erudición, lámpara en mano y sin perderse, antes hallando a cada paso joyas de verdad y belleza. Y como es un poeta, la documentación erudita, bajo sus miradas, readquiere vida y movimiento. La fantasía y el juicio, de consuno, galvanizan los cadáveres de los manuscritos, enterrados, como en un panteón, en el polvo de los archivos.

Icaza, como buen crítico, posee la virtud milagrosa de la reanimación histórica. En esos trabajos eruditos dominan dos elementos: el análisis, la pasión. El análisis es metódico, nimio, cauto; la pasión es evocadora y animadora y humana.

Por encima se extiende un ideal de justicia, brilla un anhelo de verdad.

España lo ha comprendido así, y considera a Icaza como uno de los más serios comentaristas de la literatura castellana.

Enrique González Martínez, el último gran poeta de México, es, hoy por hoy, el más amado y admirado de la juventud de mi país. Tal vez sea poco conocido de ustedes, y siento que, por necesidad cronológica, sea el postrero. Podría ser el primero. Lo es a juicio de los críticos que han analizado su producción. Vasta y nobilísima es ella y marca una elevación espiritual y una perfección artística cada vez más admirables.

González Martínez, médico de provincia, autoridad de pueblo, se rozaba a diario con la existencia trivial de aldeas y cortijos. Mas por un esfuerzo psíquico, que sólo pueden hacer las vidas superiores, realizaba ese inexplicable desdoblamiento, gracias al cual el hombre queda en tierra ejercitando su actividad material en los menesteres cotidianos y el alma sube, como un celaje, a las alturas, de azul profundo, de la belleza y la contemplación. Y el poeta, así, en su aislamiento meditativo, fué vertiendo gota a gota su

ilusión en las vasijas de diamante labrado de sus versos.

Cuando González Martínez llegó de la provincia a la capital de México, a conquistar «la rama del soñado laurel», todavía su orientación no estaba definida, ni precisos los lineamientos de su inspiración. La belleza moderna de su musa comenzó por vestirse el peplo antiguo y ceñir a las ágiles piernas las áureas correas de la sandalia. Su instintiva repugnancia por la vulgar desproporción y el declamatorio romanticismo, lo mantuvo por algún tiempo asomado a la muralla de alabastro de la comarca clásica. Pero el horizonte lo llamaba, lo atraía la luz. Y presto bajó la musa núbil, y recorrió los campos, y, en silencio, se perdió en los senderos ocultos, y sorprendió las voces simbólicas de la naturaleza. González Martínez se hizo poeta actual sin que su expresión perdiese la transparencia clásica. El pensamiento se agudizó; el sentimiento adquirió vaguedad de esplendor que se aleja, de fragancia que se disipa; pero la forma, conservó una limpidez de vidrio bohemio.

Sentiría dejarme arrastrar ahora de mi admiración y mi devoción por este poeta. Alguna vez, muy pronto acaso, intentaré un estudio serio de artista tan influyente en los dominios de la lírica mexicana. Mas no he de abandonar esta breve

silueta sin reproducir aquí una opinión autorizada que me parece que resume bien la personalidad de González Martínez: «Ductilizó su propio verso—dice Francisco Icaza—en la perfecta interpretación castellana de los poetas extranjeros más contradictorios: Lamartine, Poe, Verlaine, Heredia, Francis Jammes, Samain; y llegó a lograr esa técnica que distingue hoy su poesía, original del todo, sabia en el mecanismo de la expresión.— La poesía de González Martínez es panteísta. Hay un panteísmo que al divinizar al mundo le adora, adorándose en él. Hay otro que al divinizar la naturaleza la ama devotamente hasta en lo más humilde: ese es el de González Martínez.»

BUSCA EN TODAS LAS COSAS...

Busca en todas las cosas un alma y un sentido oculto; no te ciñas a la apariencia vana; husmea, sigue el rastro de la verdad arcana escudriñante el ojo y aguzado el oído.

No seas como el necio que al mirar la virgínea imperfección del mármol que la arcilla aprisiona,

queda sordo a la entraña de la piedra que entona
en recóndito ritmo la canción de la línea.

Ama todo lo grácil de la vida, la calma
de la flor que se mece, el color, el paisaje;
ya sabrás poco a poco descifrar su lenguaje...
¡Oh, divino coloquio de las cosas y el alma!

Hay en todos los seres una blanda sonrisa,
un dolor inefable o un misterio sombrío.
¿Sabes tú si son lágrimas las gotas de rocío?
¿Sabes tú qué secretos va cantando la brisa?

Atan hebras sutiles a las cosas distantes;
al acento lejano corresponde otro acento...
¿Sabes tú dónde lleva los suspiros el viento?
¿Sabes tú si son almas las estrellas errantes?

No desdeñes al pájaro de argentina garganta
que se queja en la tarde, que salmodia a la aurora;
es un alma que canta y es un alma que llora...
¡Y sabrá por qué llora y sabrá por qué cantar!

Busca en todas las cosas el oculto sentido;
lo sabrás cuando logres comprender su lenguaje;

cuando escuches el alma colosal del paisaje
y los ayes lanzados por el árbol herido...

(Los Senderos Ocultos)

COMO HERMANA Y HERMANO

Como hermana y hermano
vamos los dos cogidos de la mano...

En la quietud de la pradera hay una
blanca y radiosa claridad de luna.
Y el paisaje nocturno es tan risueño
que con ser realidad parece sueño.
De pronto, en un recodo del camino,
oímos un cantar... Parece el trino
de un ave nunca oída,
un canto de otro mundo y de otra vida...
¿Oyes?—me dices—y a mi rostro juntas
tus pupilas preñadas de preguntas.
La dulce calma de la noche es tanta
que se escuchan latir los corazones.
Yo te digo: no temas, hay canciones
que no sabremos nunca quién las canta.

Como hermana y hermano
vamos los dos cogidos de la mano...

Besado por el soplo de la brisa,
el estanque cercano se divisa...
Bañándose en las ondas hay un astro;
un cisne alarga el cuello lentamente
como blanca serpiente
que saliera de un huevo de alabastro...
Mientras miras el agua silenciosa,
como un vuelo fugaz de mariposa
sientes sobre la nuca el cosquilleo,
la pasajera onda de un deseo,
el espasmo sutil, el calosfrío
de un beso ardiente cual si fuera mío...
Alzas a mí tu rostro amedrentado
y trémula murmuras: ¿me has besado?
Tu breve mano oprime
mi mano; y yo a tu oído: ¿sabes? Esos
besos nunca sabrás quién los imprime...
Acaso, ni siquiera si son besos...

Como hermana y hermano
vamos los dos cogidos de la mano...

En un desfalleciente desvarío,
tu rostro apoyas en el pecho mío,

y sientes resbalar sobre tu frente
una lágrima ardiente...
Me clavas tus pupilas soñadoras
y tiernamente me preguntas: ¿lloras...?
Secos están mis ojos... Hasta el fondo
puedes mirar en ellos... Pero advierte
que hay lágrimas nocturnas—te respondo—
que no sabemos nunca quién las vierte...

Como hermana y hermano
vamos los dos cogidos de la mano...

(Los Senderos Ocultos)

Una nueva generación se levanta en México, sería, nutrida de cultura, vigorosa de probidad artística: la representan Luis Rosado Vega, Rafael López, Antonio Mediz Bolio, Rafael Cabrera, Manuel de la Parra, José Elizondo, José de Jesús Núñez y Domínguez, Efrén Rebolledo, Antonio Caso, Julio Torri, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado, Jesús Villalpando, José D. Frías, González Guerrero, Ruiz Cabañas, Fernández Ledesma, Castillo Ledón, Eduardo Colín,

López Velarde, María Enriqueta, y el mejor preparado para la alta crítica por sus condiciones analíticas e imaginativas: Alfonso Reyes. No todos ellos han producido ya obra sólida y seria, pero algunos sí. Luis Rosado Vega, por ejemplo, puede presentar dos o tres colecciones de versos, entre los cuales hay muy hermosas composiciones. Rafael López ha reunido en un volumen que se titula *Con los ojos abiertos*, poemas de forma primorosa; Núñez y Domínguez acaba de publicar un tomo, *Holocaustos*, que contiene señaladas bellezas; Manuel de la Parra, poeta de sentimiento puro y diáfano, coleccionó en un libro—*Visiones lejanas*—sus mejores trabajos, y Alfonso Reyes, que es la flor de su generación, ha dado a la estampa dos espléndidos ejemplares de su talento de *ensayista*: *Cuestiones estéticas* y *El suicida*.

El reloj me señala el límite, la atención de ustedes también, y por eso renuncio a presentar ejemplos y a hacer comentarios de estos novísimos escritores.

Resumo: La literatura mexicana en el tronco hispano a que pertenece ha logrado, dentro de esa unidad, su variedad correspondiente. Asimi-

lándose, de modo permanente, elementos extraños encontrados casi siempre en la lengua y el espíritu franceses, formó su personalidad, que si bien no es enteramente nacional, sí es continental y que ha contribuido, con su renovación y su esfuerzo, a caracterizar la literatura novohispana, particularmente en el género de la poesía lírica.

Buenos Aires, julio de 1917.